

LA ESTÉTICA EN LA VIDA DE JULIÁN MARÍAS

Alejandro Marías^a

Fechas de recepción y aceptación: 28 de mayo de 2015, 2 de noviembre de 2015

Cuando se me pregunta por los rasgos que me parecen más característicos de mi abuelo paterno, Julián Marías siempre mencionó tres cualidades que le eran inherentes: la veracidad, la fidelidad y la moderación. Julián Marías era una persona íntegra, incorruptible, que por nada se habría alejado de sí mismo –de salirse de su proyecto vital–, y es por eso que resulta fácil identificar estos rasgos en cualquier ámbito de su vida, incluida la estética.

§1. MODAS

Aunque ni en su obra ni en su vida diaria se preocupó especialmente de la estética, siempre vi en mi abuelo una característica excepcional que tienen contadas perso-

nas: la incapacidad absoluta de pasarse de moda. Cuenta en sus memorias que, cuando se mofaban de él sus compañeros de universidad por sus primeros artículos, les contestaba: “No hay que criarse para clásico. Clásico se *resulta* si Dios quiere –por lo general no quiere–: hay que hacer las cosas lo mejor posible y no preocuparse de más” (Marías, 2008: 126). Sin embargo, acaso gracias en parte a esta actitud, parece que con él Dios sí quiso, y casi en cualquier faceta me parece que era un clásico; no lo que se entiende cotidianamente por un “hombre clásico” –aquel que sigue lo estipulado–, sino un *creador* clásico, alguien cuya creatividad es tan veraz, tan pura, que da origen a un clasicismo genuino.

Lo primero que llama la atención en este sentido es su propia apariencia fisi-

^a Músico y nieto de Julián Marías.
E-mail: marias.alejandro@gmail.com



ca. A excepción de las gafas —que es un complemento que nunca ha logrado independizarse de la moda en sus más de siete siglos de historia— la imagen de Julián Marías es casi atemporal y, si obviáramos los rasgos de madurez o envejecimiento, sería difícil saber si una foto es de cuando tenía 25 años o de cuando tenía 80. Siempre con traje azul o gris, camisa clara y corbata, pelo corto —pero no en exceso—, patillas mínimas pero no al ras, nunca perilla, barba o bigote ni tampoco ornamento alguno, más allá del anillo de boda y un reloj dorado y sobrio. Su estilo permaneció durante toda su vida tan inamovible como su pensamiento, y, en la misma medida, jamás se dejó influir por moda alguna, ni intelectual, ni política ni social. Sin duda, su radical oposición a lo *snob* y a lo cursi tuvo mucho que ver con esto.

§2. LITERATURA

Su prosa, desde sus primeras notas del Crucero universitario (Marías, Granell y del Real, 1934) hasta sus últimos artículos (Marías, 2005) —que, casi ciego, nos dictaba con una fluidez insólita—, resulta fresca y *moderna*, tan moderna que nos parece atemporal, impropia de una época concreta. Carente de todo ornamento, es una prosa nítida, concisa y elegante; una prosa en la que nada sobra ni falta, en la que no hay una coma injustificada, ni una palabra que no aporte algo nuevo pero que, sin embargo, resulta personalísima. Yo diría que inconfundible. Cualquiera

puede distinguirse de los demás mediante rasgos accesorios o amanerados, lo mismo da si son visuales —una cresta, un tatuaje, una manera de vestir— o retóricos. Cuanto más excéntricos, más fácil es. Lo difícil, en realidad, es transmitir una personalidad inconfundible sin ornamentos distintivos, a través de la transparencia, de la neutralidad y de la pureza.

Resulta igualmente asombrosa la *modernidad* de su oratoria y la entonación de su discurso. Internet está lleno de grabaciones de conferencias suyas de diversas épocas, y en todas ellas se reconoce, además de una voz joven y templada, un estilo sencillo y eficaz, discreto pero profundo. Es curioso cómo el estilo de Ortega, que por escrito es también perenne, ha quedado tan anticuado al oído, fruto de aquella entonación genial pero algo trasnochada. Julián Marías, aunque murió hace poco, era solo treinta años más joven que Ortega; el tiempo lo dirá, pero pienso que su manera de hablar seguirá vigente dentro de algunas décadas. Como su prosa, la oratoria de Julián Marías resulta inconfundible a pesar de la sobriedad, y solo el político Jaime Mayor Oreja la ha imitado, distanciándose así de la zafiedad y la virulencia imperantes entre sus colegas.

§3. LUZ, AIRE

Julián Marías tenía, en palabras de su esposa, “una epidermis de elefante”. Poseía una capacidad envidiable de abstraerse de las incomodidades, de los pe-



ligros y de los problemas que no pudiera solucionar. Esto lo decían, sobre todo, por su actitud firme y audaz durante la dictadura, pero también por su resistencia heroica ante una inclemencia de cualquier tipo. Nunca tenía ni frío ni calor –decía que eran, fundamentalmente, actitudes–, y su ropa de invierno consistía en añadir a lo habitual una gabardina y, si llovía, un sombrero (nunca un paraguas); le daba igual el tiempo que hiciese –viento, nieve, bochorno– con tal de que hubiera luz. A los noventa años seguía contando impresionado cómo su madre murió pronunciando, sin saberlo, las mismas palabras que Goethe: “Más luz. Me quiero morir con luz” (Marías, 2008: 163-164).

El piso de mi abuelo, siempre invadido por toneladas de libros, revistas, sobres y papeles en el más absoluto desorden, era diáfano y muy luminoso. Tenía unos ventanales gigantescos, de suelo a techo, que solo cubrían, en raras ocasiones, unas ligerísimas cortinas blancas que permitían ver al otro lado. La orientación era norte y las vistas poco idílicas, pero contaban con una amplitud infrecuente en una ciudad como Madrid que se reflejaba en los techos y paredes blancos.

Prefería adaptarse al frío que abrir un radiador, y sobrevivió a los estíos madrileños sin la menor tentación de poner aire acondicionado (le regalamos un *pingüino*, pero creo que nunca fue él quien lo puso en marcha). Sin embargo, le gustaba mucho que hubiera corriente. La brisa, el correr del aire, le gustaba tanto que dormía siempre –o casi siempre– con la ventana

entreabierta. Creo que este placer por adaptarse al medio en lugar de modificarlo y por ver cómo la luz y el aire fluían por su casa tiene mucho que ver con su afán por la libertad: “Yo me sentía liberal y democrático, precisamente en este orden” (Marías, 2008: 218), dice en sus memorias.

Disfrutaba mucho de la luz madrileña, incluso cuando ya apenas salía de casa, y le gustaban los días de invierno como en el que murió: fríos y luminosos.

§4. PINTURA

La casa de mi abuelo comprendía una pequeña y ecléctica pinacoteca. Cuando se casó, el primer “mueble” que compraron fue una copia de la *Anunciación* de Fra Angelico del Prado (Marías, 2008: 235). Presidió siempre el salón, sobre la chimenea, pegado al sillón de orejas en el que se fraguó una gran parte de su obra, y los acompañó siempre a él y a mi abuela, Lolita. Para mí, era “el cuadro de casa del abuelo”, y me sorprendió muchísimo cuando vi por primera vez que en el Museo del Prado había *uno igual*.

Los otros cuadros que colgaban de las pocas paredes que aún no estaban forradas de libros eran, en su mayoría, paisajes rurales o urbanos de Alfredo Ramón, algunos retratos de mi abuelo, dos formidables Arredondos –que delataban la pasión que mis abuelos sentían por Toledo– y muchos dibujos y acuarelas de pintores como Benjamín Palencia o Eduardo Vicente.



Le interesaban poco las vanguardias y el arte abstracto, aunque lo respetaba siempre que no percibiese el menor atisbo de pedantería, esnobismo o simplemente camelo; ¡con esto era implacable!

§5. FOTOGRAFÍA

Sin duda, la faceta creativa menos explorada de Julián Marías es su pasión por la fotografía. Mi abuelo no tenía un temperamento muy artístico, y no es fácil atribuirle una creatividad de esta índole; sin embargo, no solo fue un gran aficionado, sino que llegó a ser un excelente fotógrafo. Creo que esto se debió no tanto a su sensibilidad estética —que no digo que no la tuviera— cuanto a su manera de mirar el mundo.

Pienso que le apasionaba la posibilidad de congelar no una imagen, sino su mirada, y conservamos cientos de fotografías de todas las épocas, retratos individuales y fotos de grupo que forman ya parte de la historia. “Lo que me importan son las personas, no las cosas”, decía, y de alguna manera aquellas fotografías eran una forma de conservar algo de las personas a las que quería. Sus fotografías de paisajes, algunas de las cuales fueron portadas de *ABC*, poseen siempre un particular punto de vista: siempre importa, más que la imagen en sí, desde dónde está hecha. En definitiva, considero que es la *perspectiva* del observador lo que le interesaba retratar.

En su relación con el séptimo arte, tengo la impresión de que le ocurría algo

parecido a lo que sentía con la fotografía y con algunos géneros literarios. No era tanto la imagen lo que le interesaba, ni siquiera el argumento, sino el punto de vista desde el que sucedían las cosas, desde las que se narraban o, incluso, como explicó en algún artículo, la propia perspectiva individual del espectador.

§6. VIAJES

Fue un viajero infatigable, aunque nunca un turista. Observaba los lugares a los que iba y, más aún, a sus gentes con una profundidad que te traslada a los sitios más remotos. No me resisto a reproducir unas líneas de su delicioso libro *Imagen de la India*:

Los ojos de la India son negros, duelen de negros, con un negror que, a veces, se derrama y sugiere lágrimas. Pero son claros, tienen claridad, luz interna, y son transparentes. Miran altivamente, con curiosidad frenada; acusan recibo de la imagen que les llega... Por eso no se está solo entre la muchedumbre increíble de la calle india (Marías, 1973).

Y continúa:

Si viajáis por la India, buscad el asiento delantero del coche o del autobús y mirad, horas y horas, la carretera. La India tiene mucho más de medio millón de aldeas que se derraman fuera de sí mismas, se vierten a lo largo de las carreteras. No, no penséis en correr mucho... (Marías, 1973).



Más adelante, describe:

Viejos con maravillosas túnicas, color fresa o azul encendido, barbas venerables y rostros de sabios antiguos: quizá no sepan leer, pero, sin duda, son sabios, acaso por eso mismo; viudas de “sari” blanco, mujeres casadas, con un toque de bermellón en la raya del cabello; doncellitas de largas, gruesas trenzas y dulces ojos líquidos. Hombres casi desnudos—quizá un cordón les basta—o tupidamente vestidos: turbantes, gorros blancos como el de Nehru... Guían rebaños de ovejas, vacas, búfalos...; un encantador de cobras que toca su flauta a la entrada de la aldea; un domador de osos; tres labriegos montados en altos camellos que ponen a los Reyes Magos en el paisaje... (Marías, 1973).

Quizá esté influenciado por la fascinación que me produce la India, pero ¿no son, acaso, descripciones más que fotográficas, que atraviesan la realidad *más allá de la física*?

Además, he de decir que mi primera cámara de fotos fue, nada menos, la Minolta SRT101 de mi abuelo. Me la regaló cuando cumplí doce años y, desde entonces, la fotografía es una de mis pasiones, como lo fue para él hasta que dejó de ver por el ojo derecho.

§7. MÚSICA

Mi abuelo tenía unas dotes extraordinarias para los idiomas, pero los músicos sabemos bien que nada tiene que ver la fineza auditiva para la música y para las

lenguas. No tarareó jamás una melodía en presencia de otros, así que todos damos por hecho que tendría un pésimo oído.

Quitando un día que dijo que le gustaba Debussy, cosa que nos dejó atónitos, siempre manifestó una especial predilección por la música de Mozart. Cuando era ya viejo y tenía serias dificultades para leer, le regalamos un equipo de música. No sé si lo usaba demasiado, pero se alegraba cuando ponían en la radio algo del genio salzburgués. Sin embargo, pienso que la música de Bach le habría entusiasmado si la hubiera conocido con mayor profundidad.

§8. GASTRONOMÍA

En verdad, toda la sutileza y la profundidad sublime de su pensamiento se rendían ante su austeridad castellana a la hora de sentarse a la mesa. Hombre de costumbres y enemigo de la pompa, poseía unos gustos gastronómicos bastante rudimentarios que no le impedían disfrutar de las copiosas comidas que durante más de 40 años le preparó su fiel cocinera, Angelines. En su casa se comía cocido todos los domingos de septiembre a junio, plato que seguía repitiendo, sin parpadear, al mediodía y a la noche más o menos hasta el martes. Le gustaban los huevos, sobre todo fritos y con migas, y a las lentejas, además de devoción, decía guardarles agradecimiento, pues consideraba que le mantuvieron con vida durante la Guerra Civil. Supongo que serían



sus viajes lo que propició la inclusión en el menú familiar de novedades como la hamburguesa o el arroz “chino” (que, anticipándose a las fusiones de los cocineros *snoobs* actuales, consistía en arroz rehogado, piñones, pasas, tortilla y ¡chorizo!). También le gustaban especialmente las alcachofas, sobre todo –decía– por lo bien que sabe el agua después de comerlas. Siempre con un vaso de vino tinto y mucha agua, cuanto más fría mejor. Como postre, prefería la fruta –también de la nevera–, que pelaba de una vez, y solo él podía hacer el café: de tueste natural, recién molido y en una cafetera americana de goteo que ponía al fuego y, luego, lle-

vaba a la mesa para oírla precipitar mientras seguíamos la conversación.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Marías, J. (1973). *Imagen de la India*. Madrid: Revista de Occidente.
- Marías, J. (2005). *La fuerza de la razón*. Madrid: Alianza Editorial.
- Marías, J. (2008). *Una vida presente: Memorias*. Madrid: Páginas de Espuma.
- Marías, J., Granell, M. y del Real, C. A. (1934). *Juventud en el mundo antiguo. Crucero universitario por el Mediterráneo*. Madrid: Espasa-Calpe.

